



INTERNATIONAL CATHOLIC
CHARISMATIC RENEWAL SERVICES

SERVING THE
CHARISMATIC RENEWAL IN THE
CATHOLIC CHURCH SINCE 1972

BOLETÍN DE ICCRS PARA SERVIDORES

Formación para líderes actuales y nuevos de la RCC

VOLUME XXII, NUMBER 2

MARZO - ABRIL 2016

Guiados por el Espíritu:

Soy un líder, soy un adicto

Jude Muscat

EN ESTA EDICIÓN

Guiados por el Espíritu:

Soy un líder, soy un adicto

Jude Muscat

El combate espiritual: derrotando al enemigo

Bob Canton

Preguntas a la Comisión
Doctrinal de ICCRS:

Participar en servicios de comunión no católicos



1. Adicción: una introducción.

Aunque la mayoría de los hábitos adictivos tiene una dimensión moral, debemos entender que existe también una dimensión psicológica o física. La adicción domina la voluntad y es compulsiva por naturaleza. Aunque los adictos en su fuero interno puedan entender que su comportamiento irracional puede estar arruinando su vida y la vida de los que están a su alrededor, el hábito irresistible, cuyo origen va mucho más allá de la simple búsqueda de placer, está, no obstante, también motivado y estimulado por una recompensa psicológica o física. Hablando en términos sencillos, esto engaña la mente haciéndole creer que sus adicciones son objetos deseables. Expertos en este campo se han dado cuenta de que la adicción no tiene nada que ver con la moral o la fuerza de voluntad de uno, y hasta donde sé, existe un debate continuo sobre si la adicción es un padecimiento o una verdadera enfermedad mental. Pero, por supuesto, esto va mucho más allá del ámbito de este artículo y soy el menos cualificado para debatir tales nociones. Creo que es importante tener en mente que la causa de la adicción varía de una persona a otra. En la mayoría de los casos tratarla requiere de un abordaje multidisciplinario.

2. Reconocer la adicción. Algunas adicciones se distinguen claramente y los adictos saben muy bien que están enganchados. Los signos y pruebas de estas adicciones son claros y no pueden ser negados,

como el exceso de alcohol o el abuso de drogas. Otras adicciones pueden parecer menos dañinas porque los signos no son todavía tan obvios y visibles, como el juego, si el sistema financiero se mantiene, o la pornografía, cuando todavía no afecta la relación de uno con los demás.

Los adictos lo niegan

por algún tipo de excusa o si no, piensan que lo pueden controlar y lo rechazan como una simple debilidad. Otras adicciones son casi imperceptibles para el adicto. Obviamente, las personas de su entorno los conocen muy bien, o al menos pueden deducir que existe algún tipo de adicción. La adicción por el liderazgo, por ejemplo, es un tipo de



condición que puede ser invisible para el adicto pero obvia para el resto.

Como líderes debemos ser extremadamente cuidadosos y diligentes en el examen de conciencia. Además, es importante reaccionar responsable y maduramente si reconocemos la adicción en nuestras vidas. Ante todo debemos siempre asegurarnos de estar rodeados de amigos fuertes, fieles y de confianza. Utilizo deliberadamente amigos mejor que hermanos, ya que el Maestro mismo nos llamó amigos, y este tipo de amistad significa que uno está dispuesto a entregar su vida por el resto (cf. Jn 15, 13-14). Necesitamos amigos dispuestos no solo a entregar su vida por nosotros, sino también a llamar las cosas por su nombre, no porque sean unos extrovertidos arrogantes, sino porque se preocupan y desean que estemos sanos en todos los aspectos de nuestro ser.

Sin duda, es esencial tener un director espiritual sabio y santo en nuestras vidas; no podemos sin él. Un buen director espiritual, en la mayoría de los casos, puede discernir fácilmente que algo no va bien en nuestras vidas. Cuando somos adictos de algún modo, lo sepamos o no, siempre hay signos reveladores que son percibidos por aquellos que nos conocen bien y nos quieren más.

Es de suma importancia no permitir que nos domine ningún hábito nuevo. Cuando algún hábito esté de algún modo obligándonos a hacer lo que sabemos que no está bien, o entendemos que se nos está yendo de las manos y que estamos imperiosamente atraídos por él, es mejor compartirlo con alguien. Es por ello que necesitamos estar rodeados de verdaderos amigos y de un buen director espiritual. ¡La comunidad es una UCI (unidad de cuidados intensivos) muy especial!

Una cosa muy importante es el examen de conciencia. Como católicos tenemos esta gran

“

La misericordia de Dios nos proporciona las herramientas adecuadas para caminar al paso de Jesús, por el poder del Espíritu Santo.

”



tradición de orar Completas u oración de la noche. Esta oración nos ofrece un momento excelente de reflexión y examen de conciencia. Si nos encontramos con un hábito irresistible, es el lugar donde lo podemos ver claramente a la luz de Cristo nuestro Salvador. Durante nuestra oración de la noche estamos abriendo nuestra vida a la luz de Cristo y, si vemos una mala hierba brotando, cortémosla de raíz; si ha crecido mucho, necesitamos tomar medidas drásticas. En cualquier caso, busquemos una ayuda inmediata.

Dios quiere que seamos completos y sanos y, existan o no valores morales relacionados con nuestra adicción, él quiere sanarnos, quiere que seamos liberados de las cadenas que son una carga en nuestras vidas. Jesús nos invita a acudir a él, pues su yugo es llevadero y su carga ligera (cf. Mt 11, 30). El yugo de la adicción nos mutila y podría separarnos de la comunidad que tanto amamos. Asimismo podría causar mucho dolor y confusión a nuestras familias, comunidades y parroquias.

3. La parálisis de la vergüenza. Conocer y reconocer nuestra debilidad, adicción o pecado es siempre el mejor punto de partida. La negación no nos conduce a ninguna parte. Por otro lado, reconocer nuestra adicción tiene el efecto indeseable de llenarnos de vergüenza: no queremos que el mundo sepa que somos adictos, especialmente si somos líderes y las personas nos admiran y nos tienen en alta estima. Pensamos que esto arruinaría nuestra reputación. Tengamos presente que no es la vergüenza lo que nos destruye, sino más bien la obstinación y el miedo.

En Lucas 18 el recaudador de impuestos, manteniéndose a distancia, suplicaba misericordia. Jesús declaró: «Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (14). Cuando nos ponemos en la presencia de Dios con humildad, podemos ser sanados. Dios nunca rechazará un corazón contrito. Creará para nosotros un corazón nuevo y nos limpiará de nuestras debilidades para que no podamos volver a pecar. El salmo 51 (50) es el grito sentido de un pecador dolido y avergonzado, pero que conoce el hecho de que Dios es creador. El término *bârâ*, utilizado en el versículo 12, es un verbo reservado para la acción de Dios en el acto de la creación. Expresa un pensamiento teológico profundo porque su sujeto es Dios mismo, el Dios de misericordia y maravilloso sanador. Solo Dios puede crear en el sentido de *bârâ*.

Si recordamos Juan 13 y la escena del lavatorio de pies, vemos en ella una prefiguración de la entrega de Jesús en la cruz. Solo tomaré un aspecto de esto que está directamente vinculado al tema en cuestión. Sería vergonzoso que una persona que ocupe una posición alta se inclinara y lavara los pies de su criado. Peor aún es la vergüenza de la cruz; fue crucificado como un traidor, un criminal o un asesino, colgado desnudo, quedando expuesto a todos los que estaban presentes. San Pablo en Hebreos nos enseña que «Jesús... soportó la cruz, despreciando la ignominia» (12, 2). Jesús sabía que su entrega significaría la victoria sobre el pecado

y la muerte, la vergüenza no lo paralizó; más bien, lo empujó a hacer lo que es bueno y justo. Es la razón por la que «predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los gentiles» (1 Cor 1, 23), porque huir de la vergüenza es un escollo para completar la sanación, y una elección insensata.

Si queremos la sanación completa de la adicción, aparte de cualquier terapia médica o psicológica, debemos abrazar y soportar la cruz de la vergüenza, siendo unos con él que soportó la vergüenza por nosotros para que pudiéramos ser curados.

4. Dar a luz la misericordia. Uno de los iconos más bellos de dar a luz la misericordia en el Nuevo Testamento se registra en Juan 8. Jesús, que es pureza y perfección, y que es el único que tiene derecho a juzgar y condenar, incorporándose, mira a la mujer adúltera directamente a los ojos y le dice: «Tampoco yo te condeno» (v. 11). La mujer, tirada en el polvo como uno tiraría algún tipo de basura, fue afortunadamente arrojada al seno de la misericordia. Estudiosos de la Biblia nos enseñan que las raíces de las palabras *racham* (verbo) y *rachamim* (sustantivo utilizado en el intensivo plural para denotar excelencia) que se traducen como 'misericordia', tiene sus raíces en el sustantivo *rechem* (útero). Igual que una mujer, cuyo útero ofrece un espacio donde puede tener lugar una nueva vida, Dios tiene este lugar especial dentro de su santísima presencia, donde gente de toda raza y de toda época puede encontrar un refugio y un lugar para nacer. El útero de Dios es su riqueza en misericordia.

La misericordia no borra simplemente las manchas del pecado — desde luego también hace eso— pero también desea reconstruir, renovar y recrear; alcanza a aquellas personas que están en las garras del pecado, la adicción o cualquier otro acto que les quite su verdadera dignidad. La misericordia es liberadora; mientras limpia, rompe las cadenas de la esclavitud y nos ayuda a cambiar de actitud. Nos da la fuerza para levantarnos de la basura, fortalece nuestros pies y tobillos, nuestros músculos y huesos, y nos da la fuerza necesaria para trasladarnos a nuevos pastos. La misericordia de Dios nos proporciona las herramientas adecuadas para caminar al paso de Jesús, por el poder del Espíritu Santo.

La misericordia dice las palabras: «Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8, 11c), pero en su esencia es una corriente de gracia activa que da vida. Es la razón por la cual Jesús cita Oseas en Mateo 9: «Anden, aprendan lo que significa "Misericordia quiero y no sacrificio": que no he venido a llamar a justos sino a pecadores» (v. 13). El sacrificio y las ofrendas quemadas son objetos de la ley, mientras que la misericordia fluye del ser de Dios. La ley, por su propia naturaleza, verifica nuestros actos según sus datos y grita «falta» si estamos carentes. La misericordia nos esconde en su seno y nos re-crea, haciéndonos criaturas nuevas.

No tengan miedo de sumergirse en el espacio abierto de la misericordia de Dios. 🏠

El combate espiritual: derrotando al enemigo

■ Bob Canton



Nos guste o no, ¡estamos en guerra! Y, por supuesto, nuestro adversario es Satanás o el diablo o el maligno. Oda cualquier cosa y todo lo que Dios ama, especialmente a los seres humanos porque fueron creados a su imagen y semejanza. Es lo que Jesús dice sobre el diablo en Juan 8, 44: «Él era homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad porque no hay verdad en él. Cuando dice la mentira, habla de lo suyo porque es mentiroso y padre de la mentira».

El Nuevo Testamento contiene al menos trescientas referencias al diablo con una diversidad de nombres que describen su naturaleza y su maldad. Los documentos del Concilio Vaticano II se refieren al diablo dieciocho veces. La primera referencia se encuentra en el documento sobre la liturgia Sacrosanctum Concilium, promulgado en 1963: «Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, él, a su vez, envió a los apóstoles llenos del Espíritu Santo. No solo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre» (Nº 6).

Las enseñanzas de los padres de la Iglesia, siguiendo las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, se preocupan principalmente por el aspecto pastoral de la demonología, a saber, el diablo como tentador y hacedor del mal, y cómo los fieles pueden protegerse de su influencia.

El Catecismo de la Iglesia Católica expone: «A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor» (Nº 409).

«Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser solo espíritu, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños —de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física— en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero “nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman”». (Nº 395).

El papa Juan Pablo II, en su visita al santuario de San Miguel Arcángel el 24 de mayo de 1987, declaró: «Esta lucha contra el demonio, que se opone a la figura del arcángel Miguel, es actual también hoy, porque el demonio sigue vivo y operante en el mundo».

El papa Francisco comentó recientemente: «Todos somos tentados, porque la ley de la vida espiritual, de nuestra vida cristiana, es una lucha: una lucha. Porque el príncipe de este mundo, el diablo, no quiere nuestra santidad, no quiere que nosotros sigamos a Cristo. Alguno de ustedes, tal vez, no sé, podría decir: ‘Pero, Padre, ¡qué antiguo es usted: hablar del diablo en el Siglo XXI!’ Pero ¡miren que el diablo existe! El diablo existe. ¡También en el Siglo XXI! Y no debemos ser ingenuos, ¡eh! Debemos aprender del Evangelio cómo se hace para luchar contra él».

Ciertamente, uno de los *modus operandi* de Satanás es separar al hombre de su relación y amistad con Dios. Para conseguir este objetivo, a menudo utiliza su influencia sobre los seres humanos como la tentación, la obsesión, el dolor físico, la opresión, la

infestación, la subyugación y la posesión. La palabra de Dios dice en 1 Pedro 5, 8: «Sean sobrios, velen. Su adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar». Muchas personas, incluyendo cristianos, consciente o inconscientemente, abren las «puertas» para que el maligno entre en su vida. Déjenme enumerar algunas de las entradas: 1. Por el involucramiento en lo oculto (Dt 18, 9-12; Dt 7, 36; Lv 19, 31). 2. Por las drogas y el alcohol (Pr 23, 29-33; 1 Co 10, 21), que pueden someter a una persona a la influencia demoníaca porque no controlan sus mentes. 3. Por el pecado habitual, practicando hábitos inmorales y rindiéndose a la lujuria de la carne (1 Co 6, 9-20, Gá 6, 7-8). 4. Por el patrón de pensamiento de una persona (Ef 4, 22-32). 5. Por la falta de perdón, el odio, el resentimiento y la amargura (Mt 18, 21-35). 6. Los demonios pueden entrar en los niños si sus padres estuvieron implicados en satanismo o brujería, o si adoraron a dioses paganos (Ex 20, 1-5). 7. Por la transferencia de espíritus. Los demonios pueden transferirse a otra persona a través de la fornicación, la violación, el incesto, los actos homosexuales, películas, espectáculos de TV que están llenos de violencia, miedo, horror y lujuria sexual. 8. Por seguir religiones falsas, herejías y cultos (1 Jn 4, 1-3; 1 Tim 4, 1-2). 9. Por palabras vanas (Mt 12, 36-37), dichas sin pensar, que no expresan los pensamientos o intenciones reales de una persona. 10. Por la imposición de manos de alguien que está implicado en lo oculto o practica brujería (1 Tim 5, 22).

San Pablo afirma en Efesios 6, 12: «Porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire». Deberíamos recordar que Satanás ya es un enemigo derrotado. Jesús nos ha liberado de las garras del enemigo por su muerte y resurrección. La Palabra de Dios declara en 1 Juan 3, 8: «El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo». En Lucas 10, 19 leemos: «Miren: les he dado el poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada les hará daño alguno». Como cristianos bautizados, se nos ha dado el poder de derrotar al maligno. En Romanos 8, 37, san Pablo declara: «Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado». No, no podemos derrotar a Satanás con nuestro propio poder o fuerza. Tenemos que apoyarnos en el Señor y el poder de su Espíritu para que salgamos victoriosos sobre Satanás. En Santiago 4, 7 leemos: «Por tanto, sean humildes ante Dios, pero resistan al diablo y huirá de ustedes».

El Señor nos ha equipado con un arsenal poderoso para vencer al enemigo. Permítanme que enumere algunas de estas armas: la sangre de Cristo, el nombre de Jesús, la cruz de Jesús; la Palabra de Dios; la presencia y los dones del Espíritu Santo; la intercesión de María, la gran madre de Dios; el ministerio de San Miguel y otros ángeles; los sacramentos de la Iglesia, como la Eucaristía y la confesión, y la unción de enfermos; las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia; la palabra de nuestro testimonio, la oración y el ayuno, la autoridad para atar y desatar; los sacramentales como el agua bendita, el crucifijo y las medallas bendecidas, la sal bendecida, el rezo del rosario.

«Pues aunque vivimos en la carne no combatimos según la carne. ¡No!, las armas de nuestro combate no son carnales, antes bien, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas» (2 Co 10, 3-4). 📖



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

Participar en servicios de comunión no católicos

¿Está bien participar con otros cristianos en sus servicios de comunión? En el espíritu de unidad, cuando asistimos a un evento ecuménico, ¿es posible compartir la «fracción del pan» con nuestros hermanos, sabiendo con plena conciencia que no es la presencia real? ¿Qué es aceptable en una situación así?

Responderemos a estas preguntas en dos niveles: 1. ¿Cuál es la ley y la enseñanza de la Iglesia católica? 2. ¿Como católicos cómo debemos abordar esto en la situación ecuménica en desarrollo?

La ley y la enseñanza de la Iglesia

Esta cuestión está tratada en el Catecismo de la Iglesia Católica (párr. 1398-1401). Se hace una clara distinción entre las Iglesias orientales que no están en comunión con Roma —esto es, la ortodoxa y las orientales— (párr. 1399) y las comunidades protestantes (párr. 1400). Con los ortodoxos, existen circunstancias en las que, con la aprobación de la autoridad eclesiástica, una cierta comunión «no solamente es posible, sino que se aconseja» (párr. 1399). Sin embargo, estas condiciones rara vez se cumplen, ya que los requisitos ortodoxos son más estrictos que los católicos. Estas restricciones deberían respetarse (Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo [1993], párr. 132).

Recibir la comunión en una Iglesia protestante nunca está permitido para un católico, porque estas comunidades «sobre todo por defecto del sacramento del orden, no han conservado la sustancia genuina e íntegra del misterio eucarístico» (párr. 1400). Esta última cláusula se refiere a que la Iglesia católica no reconoce en las comunidades protestantes un ministerio traspasado por la sucesión apostólica de los obispos desde el principio.

Nuestro planteamiento hoy

Es importante reconocer también, sin embargo, que han existido grandes cambios de actitud y en las relaciones entre la Iglesia católica y otros cristianos, ya que la Iglesia se ha comprometido en el movimiento por la unidad en el Concilio Vaticano II. Estos cambios se están acelerando con el papa Francisco, que está enfatizando la urgencia de sanar las heridas de la división, y quien manifiesta una gran apertura hacia los cristianos evangélicos y pentecostales. En esta nueva situación, en la que todos estamos siendo conducidos más allá por el Espíritu Santo, debemos preguntarnos qué actitud deberíamos tener los católicos hacia el culto y la liturgia de otras iglesias y comunidades, especialmente hacia la Eucaristía o Cena del Señor.

Primero, tenemos que respetar todo lo que hacen otros cristianos, como aquellos que buscan sinceramente vivir y servir como discípulos de Jesucristo. Esto quiere decir que tenemos que respetar sus celebraciones de la Cena del Señor o Eucaristía, aunque no las reconozcamos como idénticas a la misa católica. Esto fue recomen-

dado incluso en el Vaticano II, reconociendo que las comunidades protestantes «al conmemorar en la Santa Cena la muerte y la resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, y esperan su venida gloriosa» (decreto Unitatis redintegratio sobre el ecumenismo 22, también citado en el Catecismo [párr. 1400]). Esto es todo lo que la Iglesia católica enseña sobre los servicios de comunión en iglesias protestantes.

Ahora que la Iglesia católica reconoce la presencia y acción del Espíritu Santo en la vida y ministerio de las comunidades protestantes, ¿sigue siendo realmente admisible que los católicos hablen y actúen como si los servicios de comunión protestantes estuviesen vacíos, desprovistos de la presencia del Señor? No sabemos de qué maneras el Señor Jesús está presente en ellos. Pero no es que no sean nada, así como los ministros protestantes no es que no sean nada (un hecho reconocido por la apertura de la Iglesia a ordenar como sacerdotes a pastores protestantes casados que se han hecho católicos). No podemos decir con plena conciencia que no es la presencia real. Podemos aplicar aquí la enseñanza de Jesús en el sermón de la montaña: «Si a alguno de ustedes le pide su hijo pan, ¿le dará una piedra?» (Mt 7, 9). Podemos ver que cuando otros cristianos celebran la Cena del Señor están de alguna manera pidiéndole pan al Padre. Damos gracias al Señor por lo que sabemos que ha dado a la Iglesia católica y pedimos que les dé este mismo don en su plenitud a nuestros hermanos y hermanas protestantes. La enseñanza del Vaticano II en la constitución Sacrosanctum concilium sobre la sagrada liturgia es que el Señor está presente de diversas maneras en la liturgia eucarística, «sobre todo bajo las especies eucarísticas», pero también, por ejemplo, «en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos» (párr. 7; la última frase cita luego Mt 18, 20). Estas formas de presencia se encuentran entre los protestantes.

El planteamiento, muy respetuoso sobre esta cuestión, del papa Francisco es instructivo y retador para todos los católicos. Cuando el santo padre visitó un templo valdense en Turín (Italia) el año pasado, comentó positivamente sobre un gesto reciente concerniente a la Eucaristía y la cena del Señor: «Quiero recordar el intercambio ecuménico de dones que, con ocasión de la Pascua, en Pinerolo, realizaron la Iglesia valdense de Pinerolo y la diócesis. La Iglesia valdense ofreció a los católicos el vino para la celebración de la vigilia de Pascua y la diócesis católica ofreció a los hermanos valdenses el pan para la santa cena del domingo de Pascua. Se trata de un gesto entre las dos Iglesias que va más allá de la simple cortesía y que permite degustar, en ciertos aspectos —degustar, en ciertos aspectos—, la unidad de la mesa eucarística que anhelamos» (Discurso a los cristianos valdenses, 22 de junio de 2015).